

México 2018: escenarios posibles, proyecto de nación, estrategias de desarrollo y crisis de Estado¹

ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ*

La crisis de sentido forma parte de una crisis civilizatoria de gran envergadura que torna a la política como una praxis vaciada de significación histórica tras la devaluación y declive de la palabra y de la capacidad para imaginar escenarios alternativos de sociedad. En ese sentido, la política mexicana y el proceso electoral de 2018 no escapan a la tendencia global, ello se expresa en la incapacidad de dirección por parte de las élites políticas y en la erosión de su imaginación y su pensamiento utópico para la (re)fundación de un proyecto de nación y para esbozar estrategias de desarrollo que reviertan la lógica desestructuradora de la crisis de Estado que asedia al país.

Chica estudiante de 19 años (Ch): —¿Usted dice que quiere acabar con la guerra! ¿Por qué no lo hace?

Richard M. Nixon (RN): —Los cambios se producen despacio: retiré más de la mitad de las tropas; intento recortar el presupuesto militar por primera vez en treinta años; quiero un ejército de voluntarios. Es también una cuestión de credibilidad americana; de nuestra posición en el mundo.

Otro chico estudiante: —¡¡¡Vamos, señor Nixon!!! ¡¡¡Es una guerra civil entre vietnamitas!!!

Ch: —¿Usted no quiere la guerra; nosotros no la queremos; los vietnamitas tampoco la quieren! Entonces, ¿por qué continuar? (...) ¿No puede detenerla, verdad? Incluso aunque quiera hacerlo, porque ni depende de usted, sino del sistema. El sistema no le dejará detenerla...

RN: —Hay... Hay mucho más en juego que lo que tú quieres o lo que yo quiero...

Ch: —Entonces, ¿de qué sirve? ¿De qué sirve ser el presidente? No tiene poder...

RN: —No... ¡¡¡Sí, tengo poder!!! ¡Porque yo comprendo el sistema! Creo que puedo... que puedo controlarlo; tal vez no totalmente, pero sí domesticarlo para que funcione bien...

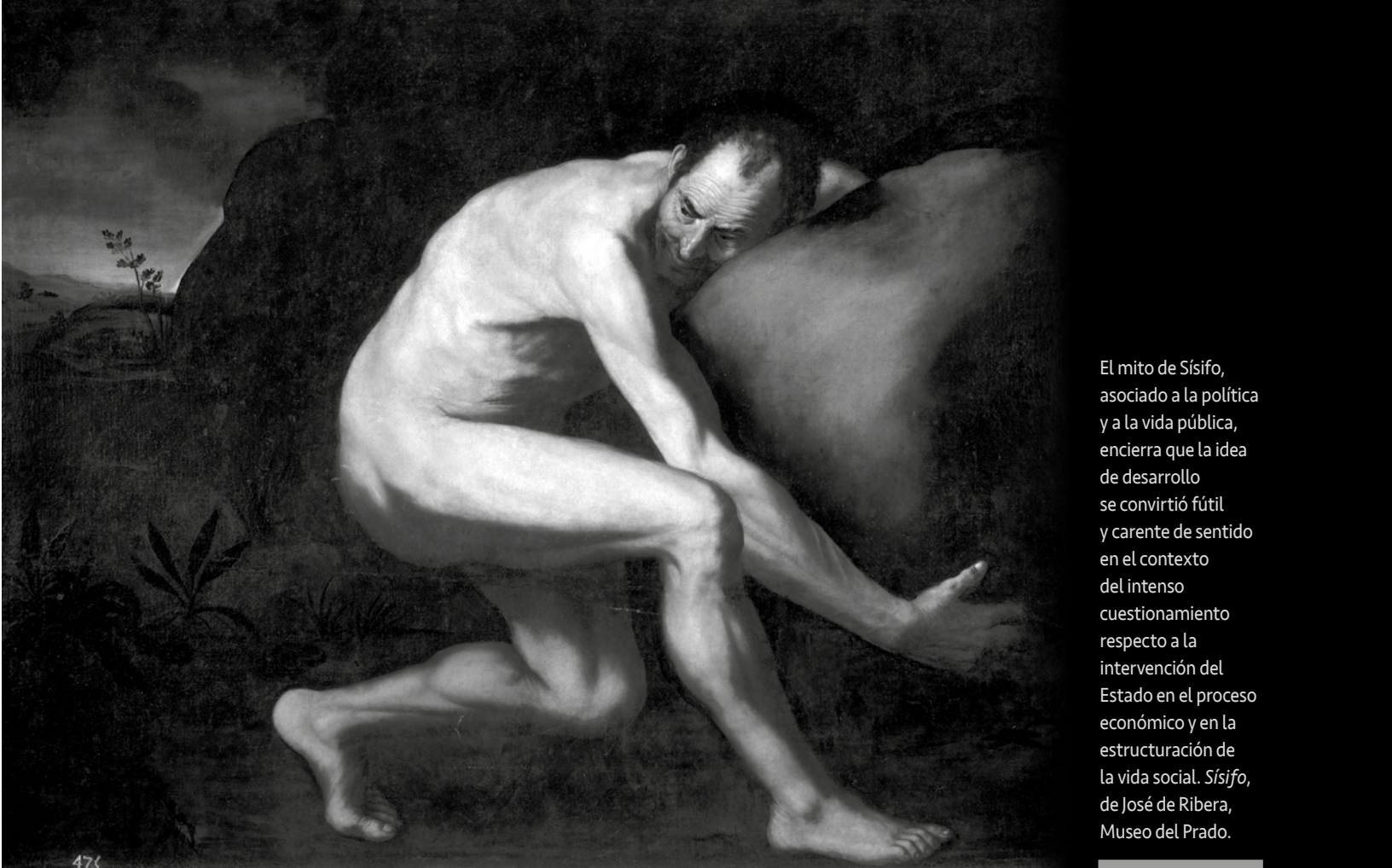
Ch: —¿Es como si hablase de algún animal salvaje; de una bestia!

RN: —Tal vez lo sea...

(Diálogo improvisado en el Memorial a Abraham Lincoln entre el presidente de Estados Unidos y los estudiantes que protestaban contra la guerra de Vietnam, 9 de mayo de 1970).

* Posdoctorante,
Unidad Académica
de Estudios
del Desarrollo,
Universidad
Autónoma de
Zacatecas

¹ Este trabajo fue realizado como parte de las actividades de posdoctorado en la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas y financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) a través de su Programa de Estancias de Investigación Vinculadas al Fortalecimiento de la Calidad del Posgrado Nacional.



El mito de Sísifo, asociado a la política y a la vida pública, encierra que la idea de desarrollo se convirtió fútil y carente de sentido en el contexto del intenso cuestionamiento respecto a la intervención del Estado en el proceso económico y en la estructuración de la vida social. *Sísifo*, de José de Ribera, Museo del Prado.

La crisis civilizatoria, la palabra vaciada de sustancia y la pérdida de sentido en la política

Si la política es la praxis para la construcción del poder y el ejercicio de dominación, así como el arte de la esperanza (de hacer posible lo imposible), la configuración de escenarios y proyectos de sociedad alternativos, en los márgenes de una nación subdesarrollada como México, adquiere entonces rasgos oníricos, delirantes entrecruzados con la farsa, el engaño, la violencia simbólica y la simulación en medio de un mar de ancestral desigualdad social que se perpetúa con la crisis de Estado derivada de la fragilidad y la depredación de instituciones y vida pública. En este escenario de intensa contradicción social, la política tiende a perder sentido y a ser vaciada de contenido y sustancia; más porque a escala planetaria el fenómeno del poder no se gesta de manera exclusiva en los confines del Estado y de la misma política. Dicha pérdida de sentido en

la praxis política se relaciona con un agotamiento del lenguaje y las «narrativas» a fin de remitirnos a la vida pública, sus problemas y posibles soluciones;² en otras palabras, la política y la palabra fueron vaciadas y sustraídas de sustancia, contenido y significado.

En la mitología de la Grecia Antigua (sea en la *Odisea* de Homero o en la interpretación hecha por Albert Camus),³ Sísifo —con su avaricia, poder y argucias— edificó el reino de Corinto; sin embargo, era tanta su ambición por lo material que recurrió al engaño, la mentira y —a cambio de la dotación de agua dulce para su ciudad— la violación de la secrecía ante el rapto sufrido por Egina (hija del

² Véase Tony Judt, *Algo va mal*, Barcelona, Tauros, 2010; Volker Heins, «Habermas on the European crisis: Attempting the impossible», *Thesis Eleven. Critical Theory and Historical Sociology*, vol. 133, núm. 1, 2016, pp. 3-18, en <http://the.sagepub.com/content/133/1/3.full.pdf+html>

³ Albert Camus, *El mito de Sísifo*, Madrid, Alianza Editorial, 1981 (1951).



Similar a *El rapto de Europa* pintado por Rembrandt, las deidades despojaron a las sociedades de las utopías e hicieron de la aridez de la imaginación el signo del proceder.

dios Asopo) y perpetrado por Júpiter. Consecuentemente, luego de sentirse despreciados, los dioses reaccionaron iracundos y castigaron a Sísifo. La condena consistió en refundirlo en el inframundo, durante la eternidad empujaría y subiría una enorme roca hacia la cima de una empinada montaña; casi al alcanzar la cumbre, la roca rodaba y se precipitaba hasta el valle, lo que hacía permanente el esfuerzo y la frustración de Sísifo, de manera que debía volver a empujarla y subirla, sin que ello garantizase que conocería la cúspide después de transitar de modo incesante la ladera cuesta arriba.

El mito de Sísifo, asociado a la política y a la vida pública, encierra dos aristas: en principio, el ritual del proceso de democratización y la teatralidad que le es consustancial en naciones subdesarrolladas como la mexicana, castigaban a la sociedad con un discurso sin sustrato ideológico, redundante y panfletario, dotado de dogmas de fe, lugares comunes, ficciones e ilusiones sexenales que hacen regresar la roca al valle de la montaña para de nuevo comenzar

a tratar el perenne subdesarrollo y los problemas históricos que laceran a las poblaciones. Lo cierto es que la frustración de los individuos se hace más honda ante los diagnósticos incorrectos, las prescripciones precipitadas y las promesas incumplidas.

En seguida, y aquí la enseñanza del mito para los fines del presente ensayo, evidencia el martirio de Sísifo ante un esfuerzo inútil que le niega toda posibilidad de esperanza en aras de alcanzar la cima. Situación que adquiere relevancia en un contexto histórico signado por la *crisis del pensamiento utópico* y la incapacidad —de la academia y las élites políticas— con el propósito de imaginar y visualizar el futuro a partir de proyectos alternativos de sociedad. Esta *crisis de sentido* se fundamenta en una especie de miedo al futuro que caracteriza a las sociedades occidentales⁴ y se complementa con el

⁴ Sobre tal noción véase Frank Furedi, *Culture of fear. Risk-taking and the morality of low expectation*, London, Continuum, 2003 (1997); y acerca de la de desarrollo revítese Isaac Enríquez Pérez: *La construcción social de las teorías*

agotamiento de los paradigmas ideológicos modernos ante la avanzada del *fundamentalismo de mercado*, el individualismo a ultranza y las ideologías posmodernas que vuelven irrelevante cualquier lenguaje y planteamiento de escenarios alternativos que no sean los que apuntalan la expansión e integración global del capitalismo y los que tornan funcionales las contradicciones sociales derivadas de ese proceso. En tales circunstancias, la idea de desarrollo se convirtió fútil y carente de sentido en el contexto del intenso cuestionamiento respecto a la intervención del Estado en el proceso económico y en la estructuración de la vida social.

Las sociedades contemporáneas experimentan el advenimiento del fin de las certezas, hecho que eclipsó la noción de progreso como uno de los componentes centrales del *deber ser* inspirado y proyectado desde el movimiento filosófico de la modernidad europea y desde los procesos de modernización emprendidos en otras latitudes del mundo. El *destierro de la utopía* y la consustancial pérdida de la imaginación para trazar escenarios alternativos, acompañan la emergencia de esta era de la incertidumbre, así como el distanciamiento de la política referente a los problemas públicos vividos a flor de piel entre los ciudadanos. Similar a *El rapto de Europa* pintado por Rembrandt, las deidades despojaron a las sociedades de las utopías e hicieron de la aridez de la imaginación el signo del proceder. Paralelamente, ese ocaso de la esperanza hunde sus raíces en la crisis de las ideologías y en el declive de la política. Por si fuera poco, la crisis de la política no sólo se relaciona con el desarraigo del poder en los espacios locales/nacionales y en la

del desarrollo: un estudio histórico/crítico para incidir en el diseño de las políticas públicas, México, Miguel Ángel Porrúa/H. Cámara de Diputados, 2010; «El subdesarrollo como contradicción consustancial del capitalismo: notas introductorias para la (re)construcción de un concepto», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 6, núm. 10, 2016, pp. 13-48; «Variaciones en torno a la noción del concepto de desarrollo: notas introductorias para la definición de un constructo con implicaciones teóricas y políticas», *Filosofía de la Economía*, vol. 6, núm. 1, 2017, pp. 23-41.

globalización de sus manifestaciones, sino en la suplantación y secuestro de la palabra (cada vez más subyugada por la imagen y la emotividad manipulada), la imaginación y la vocación para subvertir y cuestionar el *statu quo*.

Si en la actualidad, tal como se comentó, el poder no se gesta más en los márgenes exclusivos de la praxis política —y por ende del Estado—,⁵ es importante destacar que esta separación o dislocamiento supone la emergencia y la proliferación de (contra) poderes fácticos que ya no se despliegan de manera estricta en las sociedades nacionales, sino que —con la intensificación de los procesos de globalización— se transnacionalizan y reterritorializan (pensemos en las redes empresariales dispersas territorialmente, la banca privada transnacional y sus redes financieras globales, los *mass media*, los organismos internacionales, las redes globales de toma de decisiones, las redes transnacionales del crimen organizado y demás organizaciones mafiosas); cuyos flujos de capitales, mercancías legales e ilegales, información, simbolismos, gustos, hábitos, conocimientos y personas no se sujetan de forma plena al control de los Estados y de las élites políticas nacionales. De ahí que si el poder tiende a configurarse de modo transplanetario, lo que se gesta es una tendencia al declive de la política y la postración del Estado, al ser vaciados de su sentido histórico. Todavía más, en las escalas nacionales la política y el Estado no logran satisfacer del todo, desde la seguridad social y demás instrumentos, las necesidades de sus ciudadanos, y éstos (individuos atomizados) se hacen cargo de los efectos sociales negativos y excluyentes del capitalismo, así como de la lógica destructiva del mercado y de la desigualdad segregada desde sus entrañas.

En el escenario de crisis (des)civilizatoria, el capitalismo, por una parte, subsumió y socavó

⁵ Concerniente a este divorcio entre el poder y la política véase Zygmunt Bauman, *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999; Zygmunt Bauman y Carlo Bordoni, *Estado de crisis*, Barcelona, Paidós, 2016 (2014).

al liberalismo en tanto cemento ideológico que le brindó cierta cohesión, reformismo y legitimidad durante dos siglos,⁶ por otra, el agrietamiento del Estado de bienestar en Europa y Estados Unidos, y el desuso del Estado desarrollista en el sur del mundo condujeron a un callejón sin salida en el que la falsa disyuntiva «más mercado o más Estado» también abrió paso al encumbriamiento de la incredulidad concerniente a la noción moderna de progreso y a la idea de desarrollo en boga entre 1945 y 1980. En adición, la fe y la confianza puestas en el Estado como motor en la transformación de las sociedades se desvaneció al unísono de la entronización del mercado como mecanismo ideológico y operativo principal que aspira a la eficiencia económica, la equidad social y la prosperidad de las naciones. Ante la crisis fiscal y el desmonte de sus mecanismos de gestión directa del proceso económico, el Estado vio socavada su capacidad, credibilidad y legitimidad como macroestructura que garantizase la resolución de los problemas públicos y la satisfacción de las necesidades diversas de la población. En tales circunstancias, ya no cuenta con capacidad para controlar, por sí solo, la dinámica vertiginosa del cambio social, ni para cohesionar a los múltiples poderes fácticos diseminados en su territorio y —ahora— en los espacios de flujos globales.

Así, persiste y se radicaliza el malestar en la política y con la política a raíz de la desconfianza ciudadana, la erosión de la fe en las instituciones liberales que no lograron cumplir sus promesas y el creciente desinterés por los asuntos públicos. Este desapego de las élites y de los ciudadanos respecto a los asuntos públicos tiene como trasfondo el agotamiento de mecanismos tradicionales de mediación entre el Estado y la sociedad, en especial de los partidos políticos. La maquinaria

burocrática y vertical del partido político (*el príncipe moderno*, en palabras de Antonio Gramsci) fue la organización que vertebró y nucleó la voluntad colectiva y la praxis política a lo largo del siglo XX. De esa forma, los partidos políticos no son más los principales mecanismos de mediación e interacción entre el aparato de Estado y las necesidades de los ciudadanos; en todo caso, se erigen en estructuras sin sustancia ideológica ni referentes para modelar el cambio social, hasta convertirse (con el fin de las convicciones y la exaltación del pragmatismo) en gestores de los mecanismos de poder y en consumidores recurrentes de la posverdad y la manipulación mediática de lo emocional. Entonces, si el Estado carece de potestades para controlar el cambio social y si los poderes fácticos tampoco son controlados y cohesionados en torno a él, los partidos políticos de distinto signo no cuentan con capacidad de solución; menos aún cuando los problemas públicos no son estrictamente locales/nacionales, sino por el contrario son globales en sus causas y manifestaciones.

Ante semejante escenario y tendencia, de los que México no se encuentra exento, cabe inquirir: ¿tiene viabilidad el Estado mexicano?, ¿cuál es el sentido histórico de la praxis política en el México contemporáneo?, ¿existen posibilidades de transformación social desde las trincheras abiertas en la arena política?, ¿qué representa el Estado de frente a la desconfianza ciudadana en sus instituciones para materializar los ideales y promesas del liberalismo (garantía de libertades individuales y colectivas, igualdad de oportunidades, respeto de la legalidad, etcétera)?, ¿habrá acaso alguna opción de estructurar un proyecto de nación con sus respectivas estrategias de desarrollo en medio de una crisis de Estado y una confrontación facciosa de grupos que se disputan la dirección de la vida política en México?, ¿qué funciones concretas ejecuta el Estado mexicano al respecto?

⁶ Referente al derrumbe del liberalismo véase Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998 (1995).

Elecciones de 2018 en México y la negociación postergada de un proyecto de nación

El proceso electoral 2017-2018 en México no es ajeno, incluso se inscribe abiertamente en la lógica de las tendencias mundiales interpretadas en el apartado anterior. También se plantea a grandes rasgos en los mismos términos de las elecciones presidenciales efectuadas en 2006 y en 2012: la aparente disputa convergente (aquí mi argumento y tesis) entre dos proyectos y grupos políticos: a) *Una élite tecnocrática de raigambre transnacional*, vinculada estrechamente a espacios globales de toma de decisiones y a comunidades epistémicas con una particular visión (que no se modifica pese a la pactada alternancia partidista experimentada desde el año 2000) de la política económica y de las funciones del Estado. Al mismo tiempo que asume, aunque subordinando al crecimiento económico, al mercado autorregulado como mecanismo esencial para la eficiencia económica y la equidad social, hace de la reacción a la violencia en cualquiera de sus formas un instrumento de legitimación (los líderes políticos que ocuparon la máxima magistratura desde 1982 hasta la actualidad y los cuadros técnicos que les secundaron, pertenecen a esta primera categoría y emanaron del Partido Revolucionario Institucional, PRI, y del Partido Acción Nacional, PAN). b) *Grupos políticos aparentemente progresistas y nacionalistas*, que si bien no se oponen de modo abierto al mecanismo del mercado ni al credo ortodoxo de la política económica adoptada desde 1985, abogan por un papel protagónico, no obstante acotado y subsumido con ciertos márgenes de autonomía, del aparato de Estado y de sus formas de (re)distribución de la riqueza (el proyecto político liderado a partir de 2000 por Andrés Manuel López Obrador se ciñe a esta categoría).

Un primer aspecto destaca que ninguna de las dos élites supone una transformación radical de la realidad social mexicana, ni una modifica-

ción sustancial de los problemas públicos y las posibles soluciones que ameritan. Es decir, no representan una ruptura respecto al *statu quo*, ni comprometen el actual cauce del patrón de acumulación signado por la desigualdad social, la fragmentación del Estado, la debilidad de las instituciones, la violencia generalizada, la dependencia y la inserción desventajosa de México en la economía mundial, de ahí el argumento de la disputa convergente. Aunque existe una confrontación abierta entre dos diferentes facciones de las élites políticas ante el temor de alguna de ellas, en específico la que detenta el poder político desde 1994, a posibles venganzas y ajustes de cuentas por parte de un eventual gobierno de orientación nacionalista, en realidad no hay una oposición verdadera entre dichas facciones en torno a las líneas generales de la política económica y los funcionamientos de (re)distribución de la riqueza emanados de la política social.

Lo anterior a consecuencia de que los trazos generales de esas estrategias y políticas públicas son definidos en espacios globales para la toma de decisiones regidos por fuerzas y actores transnacionales (organismos internacionales, entidades paragubernamentales, organizaciones no gubernamentales, bloques supranacionales, agencias calificadoras privadas, agencias de consultoría, *think tank's*, comunidades epistémicas) arraigados de los espacios local/nacional, en los que las élites tecnocráticas mexicanas se integran con pleno convencimiento y desempeñan un compromiso protagónico, mas no una sumisión ante la eventual imposición desde afuera de tales estrategias. En el fondo resalta el imperativo de emprender la armonización, estandarización, homogeneización, convergencia y coordinación de las políticas públicas a escala planetaria con la finalidad de apuntalar la necesaria institucionalidad global que amerita el capitalismo contemporáneo y su vocación expansiva y transcontinental.⁷ De manera que cualquiera de las dos élites

⁷ Sobre la gravitación de estas redes globales regidas por la interconectividad, en especial de los organismos internacionales en

La desigualdad social tenderá a perpetuarse en el curso y persistencia de un sistema político autoritario, oligárquico, regido por la corrupción y por una estructura jurídica trasplantada a partir de modelos y valores ilustrados, europeos, muy alejados de las necesidades del México marginal y de las contradictorias relaciones y estructuras de poder.
Fotografía: Antonio Marín Segovia



políticas podría garantizar el imperativo y la función del Estado, el cual consiste en brindar, pese a la proliferación y recrudecimiento de la violencia que desangra al país, un mínimo entorno institucional medianamente adecuado para el proceso de valorización y revalorización del capital en el contexto de las plataformas exportadoras de insumos maquilados que contribuyen a la dispersión territorial y global de la cadena de valor.

Se trata además de una *disputa convergente* entre ambas élites porque, aparte de no cuestionarse de modo radical las facetas del patrón de acumulación y de sus consustanciales estructuras institucionales y mecanismos de regulación, son pocos los instrumentos de legitimación del sistema político mexicano ante el creciente desencanto, desconfianza, irritación y descontento

las políticas públicas mexicanas véase Isaac Enríquez Pérez: *Los organismos internacionales y su incidencia en el desarrollo latinoamericano: la gravitación del pensamiento y las estrategias del Banco Mundial en las políticas públicas mexicanas* (tesis doctoral), Madrid, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales-Universidad Complutense de Madrid, 2015; *Las estrategias de desarrollo y los avatares de la planeación nacional: un estudio sociohistórico para la reconstrucción de un paradigma perdido en las políticas públicas mexicanas*, Saarbrücken, Dictus, 2016.

social. Concretamente, en un espacio signado por la exacerbación de la violencia en cualquiera de sus formas y de una crisis de Estado expresada en la debilidad de las instituciones mexicanas para ejercer su soberanía en el territorio, garantizar el despliegue del imperio de la ley, hacer valer el monopolio legítimo de la violencia, así como para contener y revertir la evasión fiscal, la apropiación privada y patrimonialista de la vida pública, y la generalizada corrupción e impunidad. Sólo el respeto de la decisión popular y del voto que favoreciese al candidato puntero en las encuestas podría, eventualmente, restablecer en lo mínimo la cohesión y la legitimidad perdida y evitar la proliferación de focos rojos que agravasen la inestabilidad sociopolítica en el país. De esto son conscientes las élites empresariales y financieras, así como aquellos sectores políticos que incendiaron y confrontaron al país desde el proceso electoral de 2005-2006.

Lo cierto es que el trasfondo del problema estructural de México fue planteado desde 1965 por Pablo González Casanova en su obra pionera y fundacional *La democracia en México: el desarrollo socioeconómico*, en él se insiste

que más que un problema técnico, de crecimiento de las variables propias del producto interno bruto o de mejora de los niveles de vida de la población, es un problema de orden moral y político.⁸ En ese sentido, el proceso de desarrollo se encuentra condicionado por las decisiones políticas predominantes en una sociedad; decisiones que a su vez se toman en función de las relaciones de poder y las estructuras sociales y de gobierno, modeladas por dichas relaciones. A grandes rasgos, la desigualdad social tenderá a perpetuarse en el curso y persistencia de un sistema político autoritario, oligárquico, regido por la corrupción y por una estructura jurídica trasplantada a partir de modelos y valores ilustrados, europeos, muy alejados de las necesidades del México marginal y de las contradictorias relaciones y estructuras de poder.

Este planteamiento continúa vigente a más de cincuenta años. Más allá del ya trascendido sistema político del presidencialismo autoritario y del partido *cuasi oficial* enmarcado en el régimen de economía mixta, las estrategias desarrollistas, y en la ideología del nacionalismo revolucionario, lo que se muestra en el concierto de un patrón de acumulación polarizado y polarizante, sujeto a la racionalidad del mercado y de la economía mundial, es un autoritarismo diseminado entre élites políticas de distinto signo partidista y sin posibilidades de contención desde una ciudadanía postrada y en orfandad por la carente o débil cultura política.

Visto así, la problemática en el panorama mexicano de 2018 —caracterizado por unas elecciones concurrentes (se juegan 3 mil 326 cargos de elección popular, inaugurándose la reelección inmediata en algunos de ellos) altamente competidas y un gobierno cuestionado, desprestigiado y carente de legitimidad, pero con tentaciones autoritarias y fraudulentas en lo electoral— estriba en el tipo de Estado que deseamos, en la modalidad y orientación de sus mecanismos de in-

tervención y regulación de la vida social, y en el proyecto de nación que podría perfilarse o diluirse en el curso de la confrontación facciosa entre grupos que se disputan la hegemonía de un Estado fragmentado, violentado, en crisis y volatilizado por la intensificación de los flujos globales y la transnacionalización de las decisiones públicas.

En términos de las estrategias de desarrollo y de la vertebración de un nuevo proyecto de nación, salvo el régimen de economía mixta, la transferencia de recursos públicos a sectores excluidos y el combate a la corrupción propuestos por el Movimiento Regeneración Nacional (Morena), no predominan en el actual proceso electoral mexicano ideas novedosas orientadas a la transformación profunda del proceso económico; carácter disruptivo y polarizante de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo; inercias de la desigualdad social; subordinación y dependencia comercial, financiera y tecnológica respecto a Estados Unidos. Lo anterior no es casual como tampoco lo es el que las élites políticas mexicanas se aproximen a algo parecido a la miopía o el retraso mental (aunque no se descarta esa posibilidad en varios casos y actores), sino que responde justo a la *crisis de sentido* referida al principio de este ensayo y a la impotencia de dichas élites para conducir el cambio social e imaginar escenarios alternativos.

El predominio del dogma del fundamentalismo de mercado está garantizado con cualquiera de las opciones electorales, incluso el eventual triunfo reconocido de la propuesta nacionalista no trastocará la lógica de las llamadas reformas estructurales y los arreglos institucionales que abren nuevos procesos de acumulación de capital al mando de actores privados cada vez más transnacionalizados. En todo caso, ese eventual triunfo del candidato progresista restablecería y afianzaría la menguante legitimidad que caracteriza a la clase política y frenaría el creciente descontento ante el «agravio moral»⁹ derivado

⁸ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 1975 (1965).

⁹ Noción introducida por Barrington Moore Jr., *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989 (1978).

Con el Pacto por México, firmado en 2012-2013 entre las tres principales fuerzas políticas del momento, fueron desmantelados los últimos resabios del Estado desarrollista y del sistema político corporativo-clientelar.



de los fraudes electorales y de las estrategias de ajuste y cambio estructural que vaciaron al sector público de su poder y de la gestión directa del proceso económico. Con el Pacto por México (principalmente la reforma energética), firmado en 2012-2013 entre las tres principales fuerzas políticas del momento, fueron desmantelados los últimos resabios del Estado desarrollista y del sistema político corporativo-clientelar. Si se intentaran modificar esas reformas inevitablemente tendrían que pasar por un Congreso de la Unión cada vez más confrontado, pero controlado por los partidos conservadores que gobernaron en las últimas tres décadas.

Sólo las miradas obtusas —que las hay en abundancia— se negarían a vislumbrar la crisis sistémica y terminal de la praxis política mexicana, además se ufanarían de modo obstinado en desafiar la voluntad popular que beneficia al candidato puntero de orientación progresista, mismo que a pesar de sus abundantes propuestas conservadoras que no cuestionan a fondo el *statu quo*, no cuenta con la venia de los grandes inversionistas y grupos empresariales beneficiarios de la privatización, la apertura económica y la estabilidad macroeconómica. En ese escenario, el «agravio moral» y la irritación

de amplios sectores populares serán mayúsculos ante una mayor carga de *leña a la hoguera* en caso de no resistir la tentación de emprender un nuevo fraude electoral u otros mecanismos de compra y coacción del voto que atenten contra la voluntad popular.

Reflexiones finales: notas para comprender los escenarios posibles y la bifurcación planteada por la crisis de Estado

En un afán de no faltar al análisis mínimamente riguroso, el proceso electoral 2017-2018 en México no representa una brusca vuelta de timón que modifique el rumbo de las relaciones de poder y de la lógica del patrón de acumulación dependiente y transnacionalizado en función de la racionalidad de la economía mundial y de la inserción desventajosa de México en sus circuitos. Es, en realidad, un ejercicio de posible rotación de las élites políticas en aras de restablecer la legitimidad erosionada, sin afectar el comportamiento desigual, estratificado, disruptivo y polarizado de la dialéctica desarrollo-subdesarrollo. La noción brindada por Robert Michels en torno a la ley de hierro

de la oligarquía esclarece el tópico del sistema de partidos políticos y su tendencia al indefectible gobierno en manos de una minoría, sea autocrática o elegida por el pueblo, que tarde o temprano devendrá en una organización de corte oligárquico, cuyos líderes se tornan conservadores en el ejercicio del poder político y se liberan de sus ideales y objetivos iniciales así como de la voluntad popular.¹⁰

Si ante el escenario de la continuidad de la élite tecnocrática y sus privilegios (sea a través del PRI o del PAN y de sus respectivos aliados y beneficiarios que nada cambiarían en materia de política pública) se impone el grupo político más próximo a posturas nacionalistas, sus alianzas dudosas y cercanas al conservadurismo del *establishment* condicionarán un eventual gobierno progresista que estaría maniatado por los acuerdos y las cuotas de poder repartidas que evitarían trastocar los privilegios anterior-

¹⁰ Robert Michels, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1911 (2008).

mente cuestionados. Por si fuera poco, la élite tecnocrática y sus aliados políticos y empresariales (aunque México no sería una Venezuela en caída estrepitosa) no se quedarían inmutables, sino que se valdrían de la polarización, el bloqueo legislativo y el entorpecimiento de las labores gubernamentales, apostarían a una parálisis del país y a una mayor confrontación facciosa en el concierto de gobiernos divididos. Aunque la esperanza de un cambio verdadero que no llegará, se arraigaría entre la población menos favorecida, la orfandad ideológica y la falta de capacidad de conducción de las élites políticas se perpetuarán. Asimismo, las posibilidades de conformar un proyecto de nación serían soslayadas y postergadas, los márgenes de maniobra de México se reducirían ante una situación internacional cada vez más volátil, incierta, inestable y sujeta a los vaivenes de una potencia languideciente y dirigida al precipicio por un hostil y antimexicano Donald Trump. 🐦

Sólo las miradas obtusas se negarían a vislumbrar la crisis sistémica y terminal de la praxis política mexicana.

